

**El vientre culpable:
economías de la glotonería en la *República* de Platón**
The Guilty Belly: Economies of Gluttony in Plato's *Republic*

MARÍA DEL PILAR MONTOYA

Investigadora independiente

mariamontoya28@yahoo.es

Recibido: 13/12/2023 - Aceptado: 22/01/2024

DOI <https://doi.org/10.20318/fons.2023.8267>

Abstract

This article aims to show the close relationship between the economic phenomena described and analysed by Plato in the *Republic* and certain practices related to food. By relying on the *Timaeus*' statements on the physiological processes related to food and on the considerations present in *Letter VII* on eating habits, we will show that, in addition to his awareness of the ethical and social role of food, the philosopher recognises in the *diáita* an economic and political operation in itself. In this sense, in addition to contributing new elements to the reflection of his contemporaries on food ethics, Plato is the first to develop a theory according to which the way in which man feeds himself defines to a large extent the economic behaviour of cities and, therefore, shapes their politics.

Keywords: Plato, *Republic*, *Diáita*, Gluttony, *Autarkeia*, Imports, Animal husbandry

Resumen

Este artículo propone dar cuenta de la estrecha relación entre los fenómenos económicos que Platón describe y analiza en la *República* y ciertas prácticas relacionadas con la alimentación. Apoyándonos en los planteamientos del *Timeo* sobre los procesos fisiológicos relacionados con los alimentos y en las consideraciones presentes en la *Carta VII* sobre los hábitos alimentarios, mostraremos que, además de su consciencia frente al rol ético y social de la alimentación, el filósofo reconoce en la *diáita* una operación económica y política en sí misma. En este sentido, además de aportar elementos nuevos a la reflexión de sus contemporáneos sobre la ética alimentaria, Platón es el primero en desarrollar una teoría según la cual la manera en que el hombre se alimenta define en gran medida la conducta económica de las ciudades y, por lo tanto, moldea su política.

Palabras clave: Platón, *República*, *Diáita*, Glotonería, *Autarkeia*, Importaciones, Ganadería

Introducción

La cuestión del rol ético de la alimentación en los filósofos del periodo clásico ha suscitado en los últimos años un interés creciente entre los expertos¹. La preocupación por la que algunos de ellos concuerdan en denominar la ética alimentaria² se refleja en la producción de una serie de escritos recientes entre los cuales figura un número considerable sobre los Diálogos platónicos. Enfocados particularmente en el *Banquete*, la *República* y las *Leyes*, la mayoría de los estudiosos aborda el tema de la alimentación desde la perspectiva de las consideraciones del filósofo acerca de la naturaleza y la función de instituciones como los *syssitia* y los banquetes³. Sin embargo, son pocos los que han volcado su atención sobre la interacción entre la economía y la alimentación, a no ser de modo marginal, en el marco de análisis más generales sobre las implicaciones socioeconómicas de la ausencia de normas y de instituciones orientadas al adiestramiento de los deseos ligados al cuerpo. Sin embargo, en este tipo de acercamientos, las consideraciones sobre las implicaciones económicas de las diversas formas que asume el deseo de bebida y alimentos ocupan un plano secundario respecto a las consideraciones sobre las implicaciones económicas de la incontinencia en el plano sexual⁴.

A la inversa de esta tendencia, este texto propone un acercamiento a la que denominaremos provisionalmente como la relevancia socioeconómica de un uso justo y racional de los placeres ligados al cuerpo, centrado en el tema de la dietética, en su aspecto estrictamente alimentario. Nuestro aporte fundamental consiste en mostrar que lo que engendra y dinamiza la economía de lo superfluo son los deseos ligados al cuerpo, y no a la inversa: si la economía de lo superfluo sostiene y exacerba los deseos, el control de las actividades económicas es una condición indispensable, pero no suficiente para asegurar el equilibrio económico de la ciudad, el cual depende, en primera instancia de la educación de los apetitos, la cual debe, evidentemente, ser secundada por una política firme, capaz de imponerle su orientación y sus límites a la economía.

¹ LARUE (2015), 13-78; SACADE (2015), AUBERGER (1995), 461-471; ROMERI (2005), 225-240; NAVIA (1996) 37.

² SCHÖPSDAU (2002), 331-340; JACKSON-GRACE (2014), 9-26; NOEL (2002); HOLOWCHACK (2003); ROMERI (2000) y (2002), 61-103.

³ Ver, por ejemplo, RUZENE (2022); NOTARIO (2015); ROMERI (2015); AUBERGER (1995); JACKSON (2014).

⁴ Sobre la dimensión económica y política de la sexualidad en la *República* y en las *Leyes* ver MONTOYA (2023).

Con el fin de dar cuenta de la relación entre las conductas y las prácticas alimentarias con ciertas actividades y fenómenos de orden económico descritos en la *República*, tanto como de la interdependencia de las normas encargadas de regular la esfera económica con las instituciones en materia de alimentación procederemos de la siguiente manera. En un primer momento, nos centraremos en el libro II y analizaremos los vínculos del tema de la alimentación con aspectos, en apariencia desligados de dicha temática, como lo son, por ejemplo, las precauciones del demiurgo del *Timeo* en relación con la configuración del aparato digestivo y las medidas previstas con el fin de ralentizar el procesamiento de los alimentos por parte del cuerpo humano⁵. Posteriormente estudiaremos la relación de la *diaita* con el proceso de inflamación de la ciudad sana del libro II de la *República*, el incremento de los intercambios comerciales, el pastoreo, el crecimiento de la población y la expansión del territorio que estos acarrearán. Finalmente, analizaremos los pasajes del libro VIII de la *República* sobre el vínculo entre la ‘gourmandise’ y el advenimiento de la tiranía. Como telón de fondo de la descripción de los desafueros dietéticos del tirano y de la violencia de los medios que emplea para satisfacer sus deseos, nos volcaremos sobre las consideraciones que Platón expone en la *Carta VII* sobre la *diaita* y sus vínculos con el ejercicio de la política.

La dieta de los cerdos

El relato que tiene lugar en el libro II de la *República* sobre el nacimiento de la ciudad y el proceso al cabo del cual esta sucumbe a la enfermedad ofrece un análisis original y sorprendentemente actual, sobre el impacto de las conductas alimentarias sobre el destino económico de las ciudades. Sin ser la causa exclusiva de la enfermedad de la ciudad, las prácticas y las conductas alimentarias figuran entre las causas principales de un proceso de proliferación de los deseos superfluos, cuyo despliegue y satisfacción conducen a una inflexión de la economía respecto a su función natural. Antes de adentrarnos en este relato nos remitiremos brevemente a dos pasajes del *Timeo* y veremos que la enfermedad de la ciudad y el distanciamiento de su economía respecto a su función natural están estrechamente ligados a fenómenos de orden psíquico y fisiológico concretos: la insaciabilidad del ser humano respecto a los alimentos y el procesamiento de estos últimos por parte del cuerpo:

⁵ En relación con este tema ver HELMER (2021), 67-78, uno de los pocos autores que ha abordado el tema de la economía desde la perspectiva de la cosmología y la antropología del *Timeo*.

Nuestros creadores conocían nuestra futura intemperancia con las bebidas y las comidas y que por glotonería consumiríamos más de lo que es mesuradamente necesario. Entonces, para prevenir que no hubiera una destrucción rápida por enfermedad e, imperfecto, el género mortal no se extinguiera al punto sin haber llegado a la madurez, colocaron la cavidad llamada inferior como recipiente contenedor de la bebida y la comida sobrantes. Enrollaron los intestinos para que el alimento con su rápida dispersión no obligara al cuerpo a necesitar enseguida una nueva comida; ya que así produciría una insaciabilidad⁶ que haría que, por glotonería, la especie humana no amara la sabiduría ni la ciencia ni obedeciera a las indicaciones de lo que hay de más divino en nosotros (Pl. *Ti.* 73a).

Además de las precauciones en relación con la forma y configuración del aparato digestivo, los auxiliares del demiurgo hicieron habitar la parte del alma que siente apetito de comidas y bebidas y de todo lo que el cuerpo necesita entre el diafragma y el límite del ombligo. En efecto, «en todo este lugar construyeron una especie de pesebre para la alimentación del cuerpo. Allí la ataron, por cierto, como a una fiera salvaje: era necesario criarla atada, si un género mortal iba a existir alguna vez». (*Ti.* 70d-e)

Destinadas a atenuar la tendencia humana a la insaciabilidad (*aplestia*) y a la intemperancia (*akolasia*), estas precauciones no bastan para asegurar la conformidad del deseo de bebida y alimento con la que, según Platón, representa su función natural: la nutrición y, a través de ella, la preservación de la especie humana⁷. La inflamación de la ciudad del libro II de la *República* y la instauración de los *sysstia* en Calípolis dan cuenta de la insuficiencia de estas medidas y de los riesgos a los que está permanentemente expuesto el cuerpo a causa de «los procesos terribles y necesarios» que tienen lugar en el alma apetitiva o mortal como el placer y «el apetito, difícil de consolar» (*Ti.* 69d). Como lo veremos más adelante, la intemperancia y la insaciabilidad humanas abarcan una realidad más amplia de lo que permiten suponerlo los fragmentos citados del *Timeo* pues, si a juzgar por ellos, estas tendencias representan un riesgo que concierne exclusivamente a la salud del cuerpo, el relato del

⁶ Usualmente, el término *aplestia* se aplica a los deseos físicos en general; *aplestos* se dice de quien presenta una propensión extrema hacia los placeres del bajo vientre, o del amante de las riquezas (R. IX 580e-581a). Si bien es cierto que en la *República* y en las *Leyes* Platón insiste fundamentalmente sobre la peligrosidad de la *aplestia* en sentido sexual (R. VIII 546a-547c; Lg. VI 773a-b) y en sentido material (R. VIII 555b; 562b; Lg. VII 831d), en su sentido literal, como lo explica SISSA (1997), 56, la palabra *aplestia* designa la insaciabilidad en relación con el alimento y la bebida: *aplestos* es, ante todo el que no puede saciarse de comida, el que permanece siempre hambriento, y es justamente, en este sentido que Platón la emplea en el *Timeo*.

⁷ SISSA (1997), 45-86.

libro II de la *República* sobre la inflamación de la ciudad nos enseña que, además de los trastornos fisiológicos que provocan la intemperancia y la insaciabilidad representan una amenaza contra el equilibrio económico y político de las ciudades. Para comprender este fenómeno debemos remitirnos al inicio del relato del libro II de la *República*, a través del cual Sócrates ofrece una interpretación racional sobre el origen de la ciudad:

El Estado nace cuando cada uno de nosotros no se autoabastece, sino que necesita de muchas cosas (...) En tal caso, cuando un hombre se asocia con otro por una necesidad, con otro por otra necesidad, habiendo necesidad de muchas cosas, llegan a congregarse en una morada muchos hombres para asociarse y auxiliarse. ¿No debemos a ese alojamiento común el nombre de Estado? (Pl. *R.* II 369b)

De acuerdo con este fragmento, la formación de la ciudad tiene lugar en virtud de la necesidad del ser humano de remediar una deficiencia antropológica estructural: la imposibilidad de la autarcía individual o la incapacidad de aquél de responder de manera individual, a sus necesidades vitales. Esta incapacidad tiene que ver con varios factores⁸, entre ellos, el hecho de que la naturaleza no ha dotado a todos los hombres de las mismas disposiciones, sino que los ha diferenciado, haciendo a cada uno apto para el desempeño adecuado de una única actividad (*R.* II 370a-b). El advenimiento de la ciudad obedece, pues, a la necesidad de compensar una deficiencia antropológica con graves repercusiones económicas puesto que, al margen de este intercambio de prestaciones, la supervivencia de la especie humana se ve amenazada (*R.* II 569b).

Debido al reducido número de sus habitantes y al carácter limitado de sus necesidades, el territorio de la ciudad naciente, pese a su pequeñez, es suficiente para albergar y alimentar a un puñado de hombres y mujeres que se dedican exclusivamente a tareas destinadas a la satisfacción de sus necesidades básicas, necesidades entre las cuales la primera y más importante es « la provisión de alimentos con vista a existir y a vivir » seguida por la necesidad de vivienda, vestimenta y otras cosas de la misma índole (*R.* II 369d).

Siguiendo su evolución natural, la población de la ciudad aumentará, y con ella, sus necesidades aumentarán y se diversificarán. Para satisfacerlas, la ciudad debe dotarse de nuevos profesionales: «He aquí, pues, a carpinteros, herreros y muchos otros artesanos de esta índole que, al convertirse en nuestros asociados en el pequeño

⁸ Sobre la naturaleza incompleta del ser humano frente a los demás animales y su necesidad de recurrir y a la técnica y de vivir en comunidad para preservar su existencia ver Pl. *Prt.* 320d-322d.

Estado, aumentarán su población» (*R. II 370d*). Al acarrear el incremento de la población, el nacimiento de estos nuevos oficios genera un desequilibrio entre las posibilidades materiales del territorio y las necesidades de sus habitantes. Con el fin de remediar el problema que supone la ausencia de proporcionalidad entre el carácter limitado de sus recursos naturales y el aumento de la población, la ciudad recurrirá al intercambio de ciertos productos con el extranjero, por lo tanto, ya no podrá limitarse a producir lo estrictamente necesario para sus habitantes, sino que tendrá que aumentar su producción para posibilitar el intercambio de los productos importados (*R. II 370e-371a*). A modo de conclusión de esta descripción, Sócrates declara que la ciudad puede ser considerada como plenamente desarrollada (*R. II 371e*). Esta afirmación se presta a una doble interpretación: por una parte, Sócrates parece indicar que el comercio con el extranjero ha permitido a la ciudad alcanzar un grado de autarcía tal que, además de posibilitar la subsistencia de sus habitantes, les permite gozar del que aquél considera como un nivel razonable de bienestar material⁹. Esta posibilidad no excluye sin embargo la idea de que, a pesar de que la ciudad ha alcanzado su pleno desarrollo económico, sin sobrepasar los límites de la moderación, en ausencia de una autoridad política, guiada por la filosofía, la ciudad moderada no puede ser considerada como perfecta o acabada¹⁰. Como lo veremos posteriormente, la ausencia de una política verdadera la condena a la molición, a la desmesura y a la guerra.

Una vez terminada la descripción de la ciudad sana, Sócrates propone examinar el modo de vida de sus habitantes:

Observemos en primer lugar de qué modo viven los que se han así organizado. ¿Producirán otra cosa que granos, vino, vestimenta y calzado? (...) Se alimentarán con harina de trigo y cebada, tras amasarla y cocerla, servirán ricas tortas (μάζα) y panes sobre juncos o sobre hojas limpias, recostados en lechos formados por hojas desparramadas de nueza y mirto; festejarán ellos y sus hijos bebiendo vino (...) y no tendrán hijos por encima de sus recursos, para precaverse de la pobreza y de la guerra. (*R. II 372a-c*).

⁹ Habría que preguntarse dónde se sitúa el límite de lo razonable. Este interrogante conduce a la pregunta de si la economía debe limitarse a procurar lo estrictamente necesario para la subsistencia de los seres humanos o si su función va más allá de la satisfacción de lo vitalmente necesario.

¹⁰ HELMER (2021), 53-56 explica que la ciudad sana representa un modelo, pero solo «en tanto lo necesario se encuentra sometido a una norma estable» y la vida reducida a la satisfacción de las necesidades elementales, sin embargo, en virtud de la ausencia de filosofía, no puede ser considerada como un ideal en sentido cabal.

Lo que traducimos como «modo de vida» corresponde en la lengua griega al verbo *διαιτέω*, que en sentido amplio designa el régimen de vida, pero que en su sentido estricto se refiere a la manera en que los hombres se alimentan. Esta es justamente la acepción que prevalece en el comentario que Glaucón ofrece en respuesta a la descripción de la que Sócrates considera como una vida ejemplar desde el punto de vista de la austeridad que la caracteriza : «parece que les das festines con pan seco (*ῥψου*)»¹¹ (*R. II 372c*).

Atendiendo a la petición que subyace en el comentario de su interlocutor, Sócrates agrega a la dieta de estas gentes sobrias y austeras una lista de ingredientes que complementan los alimentos de base que componen la lista precedente: condimentos, sal, aceitunas, queso, cebollas y legumbres hervidas como las consumen en el campo. «Y a manera de postre comerán higos, garbanzos y habas, así como bayas de mirto y bellotas que tostarán al fuego, bebiendo moderadamente» (*R. II 372e*).

En respuesta a la concesión de Sócrates Glaucón se limita a comentar «Si organizaras un Estado de cerdos, Sócrates, ¿les darías otras cosas que estas?» (*R. II 372d*)¹². Para elevarse sobre su condición de porqueriza y alcanzar el estatus de ciudad, sería necesario agregar camas para descansar y mesas para degustar platos y postres elaborados como los que se comen «actualmente». (*R. II 372e*). Además de su sentido temporal, el adverbio *ἄρ᾽*, “actualmente”, contiene una referencia implícita a un espacio físico: la *polis*, entendida como el centro urbano de un territorio determinado. La presencia de platos y de postres elaborados que Glaucón reclama, además de marcar un hito temporal, representa un elemento distintivo entre las prácticas alimentarias de las clases privilegiadas, las más de las veces ubicadas en el centro urbano, y las clases modestas, situadas con frecuencia en la periferia o en el campo. Elemento diferenciador entre las épocas, el tipo de dieta que Glaucón reclama, representa igualmente un signo distintivo entre las clases socioeconómicas. La comida sencilla, como lo expresa la imagen del cerdo que éste utiliza unas líneas más arriba, se adaptaría más a los animales de cría que a los seres humanos. Por el contrario, la comida refinada es lo propio de las gentes civilizadas, y quien dice civilización dice ciudad y, por ende, un cierto grado de confort material que posibilite el acceso a alimentos variados y sofisticados, a menudo procedentes del extranjero.

¹¹ El nombre *ῥψου* que en el texto en castellano aparece traducido como “pan”, puede significar cualquier tipo de plato cocido, sin embargo, las más de las veces hace referencia a platos que contienen carne o pescado, y en algunas ocasiones, por metonimia a los condimentos o salsas de una receta determinada. Según USHER (2001), 2, cuando Glaucón lo utiliza, se está refiriendo a platos elaborados.

¹² Sobre la crítica de Glaucón al régimen de la ciudad sana y la relación que este establece entre el tipo de alimentos consumidos y el estatus social ver SILVERMINTZ (2014).

Para Sócrates, en cambio, la presencia de acompañamientos, de postres elaborados y de condimentos hace parte de la categoría de los deseos superfluos. Lo que Glaucón reconoce como la manifestación de un progreso o elevación del ser humano respecto a los demás animales, en este caso, frente a los cerdos, es para Sócrates, como lo veremos al momento de analizar sus consideraciones sobre los hábitos alimentarios del hombre tiránico, un trastorno psicológico: la parte animal del alma humana ha tomado el relevo de la parte racional, alejando al hombre de su humanidad y acercándolo al animal. Como lo ilustra la segunda etapa del relato del libro II de la *República*, este fenómeno se expresa, a escala política, bajo la forma de una economía pervertida, es decir, una economía al servicio de la parte apetitiva del alma que Timeo compara con una bestia hambrienta, alojada entre el diafragma y el ombligo humano (*Ti.* 70d-e). Así pues, la aceptación del grado de confort que Glaucón reclama, pero, sobre todo, la adecuación de la dieta a las costumbres de la época figura entre las causas principales de los trastornos socioeconómicos de la ciudad antes sana. Aceptar el refinamiento culinario es asimismo admitir e incluso favorecer el despliegue de la tendencia natural del ser humano a la insaciabilidad, que las medidas previstas por el demiurgo del *Timeo* no logran contrarrestar. Como lo ilustra el relato sobre el proceso de inflamación de la ciudad, la tendencia a la insaciabilidad que comienza por minar la salud física y el equilibrio anímico de los individuos, se infiltra imperceptiblemente en la esfera política bajo la forma de condimentos, de postres cubiertos de miel y de toda una variedad de exquisiteces. La esperanza de satisfacer su apetito atiborrándose de comida y de bebida conduce a los miembros de la ciudad a emprender una serie de actividades de producción, de lucro y de adquisición que ocasionan un distanciamiento de la economía respecto a su finalidad natural: asegurar la subsistencia y el bienestar material de los miembros de la ciudad.

La dieta de la ciudad enferma

Cediendo aún más a las exigencias de Glaucón, Sócrates agrega a la *diáita* de la ciudad sana una variedad más amplia de golosinas (πέμματα) (*R.* II 373a). Detalle aparentemente insignificante, este gesto marca el tránsito de la ciudad sana a la ciudad enferma: «Ah, ya comprendo», responde Sócrates, «no se trata meramente de examinar cómo nace un Estado, sino también cómo nace un Estado lujoso» (*R.* II 372e). Con el aumento de su población y la sofisticación del régimen alimenticio la ciudad se ve en la necesidad de incorporar una serie de objetos y de oficios nuevos que hasta entonces resultaban superfluos como, por ejemplo, mesas dignas de las delicias que componen el nuevo régimen, camas para reposar y, evidentemente, una cantidad

considerable de sirvientes¹³: cocineros expertos (μάγειροι)¹⁴ capaces de confeccionar platos elaborados, a diferencia de los platos simples «que se sirven en el campo» (*R. II 372c*), además de carniceros y porquerizos, lo que supone la presencia de puercos, será necesario que haya «otros tipos de ganado, en gran cantidad para cubrir la necesidad de comer carne» (*R. II 373c*). Ausente de la dieta de la ciudad sana, el consumo de carne conlleva transformaciones que afectan la ciudad a diferentes niveles. Lejos de ser un detalle insignificante, la sustitución del régimen vegetariano por uno cárnico tiene consecuencias políticas y económicas mucho más graves de lo que permiten suponer los razonamientos expuestos por Sócrates hasta el momento. En primer lugar, la ciudad debe desde ahora contar con una mano de obra destinada a desempeñar el conjunto de actividades relacionadas con la crianza de ganado (*R. II 373b*). En consecuencia, la cifra de la población aumentará aún más, de modo que el territorio de la ciudad no bastará para acogerla. En segundo lugar, será necesario reservar parte de las tierras para la alimentación y el cuidado del ganado.

El desenlace inevitable del problema que supone, por una parte, la incapacidad física del territorio de criar una cantidad suficiente de ganado para satisfacer la demanda de carne, y por la otra, la imposibilidad de la ciudad de acoger y de alimentar a «una multitud de gente que no tiene ya en vista las necesidades en el Estado» (*R. II 373b*), es la expansión territorial, en consecuencia, declara Sócrates, «haremos la guerra» (*R. II 373e*):

Y el territorio que era anteriormente suficiente para alimentar a la gente no será ya suficiente sino pequeño (...) En tal caso deberemos amputar el territorio vecino, si queremos contar con tierra suficiente para pastorear y cultivar; así como nuestros vecinos deberán hacerlo con la nuestra en cuanto se abandonen a un afán ilimitado de posesión de riquezas, sobrepasando el límite de sus necesidades (*R. II 373d-e*).

La guerra de conquista se sitúa al final de una secuencia de prácticas que, pasando por el pastoreo y la expansión territorial, comienza por la dieta. Además de la relación de causalidad entre la guerra de conquista y el consumo de carne, este último afecta directamente la que Sócrates considera como la razón de ser de la ciudad: la *autarkeia*

¹³ ROMERI (2015), 174 considera que el surgimiento de la mayor parte de los oficios que Sócrates evoca en este pasaje son la consecuencia de deseos ligados a los banquetes. Además de los oficios relacionados con la producción y la preparación de los alimentos, surgen los músicos y los poetas, oficios destinados al entretenimiento de los asistentes al banquete.

¹⁴ Sobre la aparición del oficio del *mageiros* en el periodo clásico y su doble función ver CHANDEZON (2003), 141-142: «The Greek *mageiros* means not only the one who made the sacrifice and butchers the meat, but also the cook, able to produce dishes *en sauce* and well-seasoned preparations».

o posibilidad de la ciudad de procurarse por sí misma aquello de lo que depende la subsistencia de sus habitantes. Dado que la primera y la más importante de las necesidades es la alimentación (*R. II 369d*), su obtención debe ser considerada como la causa principal del nacimiento de la ciudad. Pero, cuando en lugar de alimentarse para saciar el hambre y deleitarse con sobriedad, los miembros de la ciudad convierten el alimento en instrumento de los deseos superfluos, no sólo comprometen la salud de su cuerpo, sino que además ponen en riesgo la posibilidad de la autosuficiencia que lograron conquistar al haberse congregado y formado la ciudad. Este proceso se inicia en el momento en que estas gentes austeras agregan sal y condimentos a sus *mazai*¹⁵, recurren a acompañamientos variados, cubren sus postres de miel y, en lugar de preparar sus alimentos, contratan cocineros expertos en la confección de platos elaborados y diversos. Entre estos aditamentos, el estatus de los condimentos es confuso: su ausencia de la primera dieta conduce a pensar que estos pertenecen a la categoría de los deseos superfluos y que su inclusión en la segunda dieta no representa un gesto de complacencia hacia Glaucón, sino una estrategia destinada a ilustrar la gravedad de la que pareciera ser una tan pequeña concesión¹⁶. Contrariamente, en el libro VIII de la *República*, los condimentos aparecen como ejemplo de los alimentos que, por el hecho de contribuir a la salud del cuerpo, deben ser considerados como un deseo necesario (*R. VIII 558d-559c*). La aparente contradicción entre estos dos planteamientos puede ser interpretada como una invitación a reflexionar sobre la compleja delimitación entre lo necesario y lo superfluo¹⁷. Si resulta difícil precisar el impacto de los condimentos sobre la ciudad, el del consumo de carne es, por el contrario, suficientemente claro: al adoptar esta práctica la ciudad renuncia a la posibilidad de la *autarkeia*, puesto que su territorio ya no basta para alimentarla.

Un breve recorrido a través de las prácticas alimentarias de la Atenas democrática permite profundizar en la comprensión de la tesis de Platón acerca de la interacción profunda entre las practicas alimentarias, en este caso, la dieta cárnica, y ciertos fenómenos económicos, como el incremento del comercio de importación.

¹⁵ Respecto a la $\mu\alpha\zeta\alpha$, alimento nacional de los griegos de la época, ver AMIGUES (2007), 84; AMOURETTI (1986), 125 y (2000), 124. ROUBINEAU (2015), 153 explica que se trata de una harina de cebada triturada, mezclada con líquido y aditivos, precocida y amasada en diversas formas.

¹⁶ Sobre el pasaje del *Hieron* de Jenofonte respecto al carácter superfluo de los condimentos y el gusto de los tiranos por los platos condimentados véase BOUYSSOU (2013), 248-249.

¹⁷ En la misma línea de este planteamiento ZOLLER (2015), 25 explica que el problema respecto a los criterios que Platón propone para establecer la diferencia entre los apetitos necesarios y los apetitos superfluos reside en la dificultad de llegar a un consenso frente a los apetitos que responden a estos criterios. Los ejemplos dados por Platón para ilustrar cada categoría ponen, justamente, en evidencia esta dificultad.

Expansionismo y diáita en la Atenas histórica

A pesar de ser una reconstrucción puramente filosófica, el relato sobre el proceso de inflamación de la ciudad del libro II de la *República* evoca ciertos aspectos de la situación de Atenas a comienzos de la Guerra del Peloponeso. El periodo que sigue las reformas de Clístenes se acompaña de una intensa afluencia de migrantes de diversas proveniencias a las aglomeraciones de Atenas, el Pireo y su periferia. El crecimiento demográfico de la región se traduce en su incapacidad de producir el trigo¹⁸ destinado al sustento cotidiano de una población cuyo aumento no cesa hasta su diezmo por la peste (Th. II 47-57, III 87) y las batallas que se suceden desde el comienzo hasta el final de la guerra (X. *HGI* 6). Al crecimiento de la población y a la aridez del suelo ático se suma un factor aparentemente menor desde el punto de vista histórico, pero que desde la perspectiva del Sócrates de la *República* representa una de las causas principales de la expansión territorial y de la guerra a la que se ve abocada la ciudad enferma. Se trata de la intensificación de la ganadería, y con ella, la agravación de una situación alimentaria ya precaria, puesto que las tierras destinadas al pastoreo son tierras de menos para el cultivo de cereales en general, y de trigo en particular, alimento de base de los antiguos griegos¹⁹.

A diferencia de lo que sucede en la ciudad enferma, en la cual el consumo de carne parece ser la finalidad principal de la ganadería, en la Grecia antigua, la carne es secundaria respecto a otras funciones reservadas a esta actividad, como lo son, en el caso del ganado vacuno, los sacrificios públicos y el arado de las tierras pertenecientes a los santuarios y a los grandes propietarios. Por su parte, la finalidad de la crianza de ovejas y de cabras, normalmente practicada a pequeña escala, es la extracción de lana, la producción de queso y de leche y, ocasionalmente, el consumo de su carne²⁰. A pesar de que esta no hace parte de la dieta cotidiana de los griegos²¹, y aún menos de la de las clases desfavorecidas del medio urbano y del campo, varios estudios coinciden en la opinión de que el apogeo del comercio en tiempos del imperio²² y la elevación generalizada del nivel de vida que este implica, se acompañan de un incremento del consumo de carne, que de ser en principio un privilegio de las élites, a partir del siglo IV abarca un sector mucho más amplio de la población²³. Estas consideraciones

¹⁸ AMIGUES (2007), 112; ABIS (2015), 196.

¹⁹ ROUBINEAU (2015), 153.

²⁰ CHANDEZON (2003), 136-137.

²¹ CHANDEZON (2003), 135; SCHMITT PANTEL (1992), 334 y 339; NOTARIO (2017).

²² Sobre la relación entre el auge del comercio de importación con el cambio de los hábitos alimentarios y el apetito por los productos exóticos ver PETRE (2021), 65 y AMIGUES (2007), 80.

²³ CHANDEZON (2003), 141.

permiten suponer que la dieta cárnica y la intensificación de la ganadería que esta implica, se suman a los factores que explican la imposibilidad del imperio democrático de asegurar la subsistencia de los miembros de la región bajo su tutela y su situación de dependencia frente a la importación de trigo de diversas proveniencias²⁴ y en tales proporciones que, de creerle a Demóstenes, ningún pueblo consumía tanto trigo del extranjero como Atenas (*Sobre las inmunidades contra Leptina* 31).

Siguiendo la lógica de los razonamientos que Sócrates expone en el libro II de la *República*, la situación alimentaria del imperio podría formularse de la manera siguiente: para satisfacer un deseo superfluo, en este caso, el deseo de carne, la ciudad estaría socavando la ya insuficiente producción de un alimento de primera necesidad: el trigo, y, por lo tanto, estaría aumentando su grado de dependencia frente a las importaciones. Respecto al comercio de importación es importante precisar que, a sabiendas de los riesgos que se desprenden de esta actividad, Platón es perfectamente consiente de que este representa una necesidad vital para la ciudad²⁵, puesto que «sería prácticamente imposible fundar un Estado en un lugar de tal índole que no tuviera necesidad de importar nada» (*R. II 370e*)²⁶. Sin embargo, a pesar de la imposibilidad de renunciar a las importaciones, una verdadera ciudad debe mostrarse capaz de reducir a su mínima expresión su dependencia frente al extranjero, pues cuanto más grande sea su necesidad de importar, más se aleja la ciudad de la *autarkeia*. Pero, cuando esta dependencia se crea, sea por la precariedad o la ausencia de variedad de los recursos naturales de la ciudad, sea por la simple glotonería y el apetito de novedades de sus habitantes, ¿cómo sortear los riesgos y escapar de las obligaciones políticas y económicas que le impone su dependencia frente al extranjero?

Una ciudad poderosa militarmente, como es el caso del imperio ateniense, tiene la posibilidad de someter a las ciudades más débiles que cuentan con aquello de lo que ella carece, a través del control de las rutas comerciales, y en caso de ser necesario, puede emprender la guerra y, a través de ella, asegurar el monopolio absoluto de los recursos de las tierras conquistadas²⁷. A este respecto, los análisis de F. Notario sobre

²⁴ Entre ellas, África, Libia Sicilia, Eubea, las costas del mar egeo y, fundamentalmente y el Ponto Euxino. Ver AMIGUES (2017), 105.

²⁵ En relación con el carácter indispensable y la peligrosidad del comercio de importación, ver MONTOYA (2023), 96.

²⁶ Sobre la función natural del comercio y las causas de la pervisión de esta práctica ver Pl. *Lg. XI 918a-919b; XI 918a-919b*.

²⁷ DARMEZIN (1991), 115 explica que la fundación de clerouquías responde fundamentalmente a la voluntad de Atenas asegurar el control sobre las fuentes de aprovisionamiento de trigo a mediados del siglo V.

la suerte de Eubea tras su insurrección contra Atenas²⁸, ofrecen un ejemplo elocuente que, además de dar cuenta de la naturaleza del vínculo entre las prácticas alimentarias del imperio ateniense, su funcionamiento económico y sus derivas políticas, permite dimensionar la pertinencia de los razonamientos de Sócrates sobre el nexo entre la necesidad de praderas para el ganado de la ciudad enferma del libro II de la *República* y el fenómeno de la guerra de conquista.

Antes de su levantamiento, Eubea constituye para el imperio un dispensario a cielo abierto en ganado vacuno reservado a los sacrificios públicos. Como muestra de su deferencia frente a Atenas, los eubeos deben regularmente proporcionarle animales que son inmolados y consumidos en festividades cuyo acceso les está vedado²⁹. El descontento de los eubeos se traduce en un levantamiento que, habiéndose apenas iniciado es coartado por los atenienses, quienes, tras apropiarse del territorio, fundan una colonia, se adueñan de las tierras de los aristócratas y transforman la isla en un centro de producción agropastoril (Th. I 114), sometido a sus intereses económicos y religiosos. Además de ilustrar las modalidades a través de las cuales una ciudad económica y militarmente poderosa puede asegurar el control de los recursos alimentarios de las ciudades más frágiles, el caso de Eubea representa un ejemplo elocuente del vínculo entre los procesos y las prácticas relacionadas con la alimentación y ciertos fenómenos políticos y económicos como la expansión territorial y la guerra de conquista que esta implica. Entre otros episodios importantes de la historia del imperio, este parece justificar los temores de Sócrates frente a los efectos políticos de la dependencia de una ciudad frente a las importaciones, dependencia que tarde o temprano la conduce a la hambruna, a la sumisión o a la guerra³⁰. Pero además de avivar la voluntad expansionista de las ciudades, de arrastrarlas a la guerra o de definir de una u otra manera sus relaciones con el exterior, como lo ilustran el caso de Atenas y el de la ciudad enferma del libro II de la *República*, la *Carta VII* refleja la convicción de Platón en la idea de que la dieta ejerce una fuerte influencia sobre la política interna.

²⁸ NOTARIO (2016), 252 precisa que Eubea representa, además, una etapa importante del itinerario marítimo entre el Ponto Euxino, Tracia y las islas bajo la dominación del imperio ateniense.

²⁹ NOTARIO (2016), 253.

³⁰ Como el de la expedición en Sicilia, la cual según Th. VI 24, 3 respondería al deseo colectivo de los atenienses de contar con un ingreso permanente o un *misthos* indefinido.

La opulencia de los banquetes sicilianos y la dieta del hombre tiránico

Mientras que en el libro II de la *República* el tema de la dieta se inscribe en un razonamiento de tipo hipotético en el cual esta última figura entre las causas responsables de la inflamación de la ciudad, en la *Carta VII*, Platón ofrece una constatación empírica de la interacción entre las conductas alimentarias de los particulares y la orientación política de las ciudades. Es así que, en calidad de observador y bajo la forma de un relato autobiográfico, Platón rememora sus primeras impresiones sobre el modo de vida de los italianos y los sicilianos:

En cuanto llegué, ese modo de vida que se tenía por feliz -esas mesas repletas de los italiotas y siracusanos- me desagradó profundamente: vivir a base de llenarse de comida dos veces al día y nunca acostarse solo por la noche, además del resto de prácticas que conlleva esta existencia. Está claro que, a partir de esos hábitos, ninguno de los hombres que habita bajo el cielo, si los sigue desde joven, podría llegar jamás a adquirir sabiduría, [...] tampoco podría llegar a adquirir templanza y lo mismo se podría decir evidentemente acerca de cualquier otro tipo de virtud. Tampoco ninguna ciudad podría vivir en calma de acuerdo con sus leyes, sean cuales sean, mientras sus hombres crean que hay que derrocharlo todo en excesos y consideren, a su vez, que han de mantenerse ociosos en todo aquello que no sean banquetes, borracheras y los afanes en pos de los placeres sexuales (*Carta VII* 326c-d).

A juzgar por este pasaje, entre las costumbres de los habitantes de la provincia italiana, la que más impresiona a Platón es su inclinación abusiva hacia la comida, la bebida y los placeres sexuales. Sin embargo, por encima de la repugnancia que le inspiran dichas prácticas en sí mismas, lo que el filósofo deplora son sus efectos sobre el comportamiento humano: la ignorancia, la intemperancia y el desinterés de estas gentes frente a las leyes. Último elemento en la enumeración de los efectos de una vida regida por los placeres ligados a los banquetes, la actitud de los siracusanos frente a las leyes marca sutilmente la relación de causalidad entre las prácticas alimentarias, las virtudes individuales y la esfera política. Es en este sentido que el filósofo declara, un poco más adelante, que las ciudades que presentan una inclinación excesiva hacia la lascivia y la glotonería no cesan de transformarse en tiranías, oligarquías y democracias, y que quienes las gobiernan no toleran ni siquiera oír hablar de justicia o de equidad (*Carta VII* 326d). En esta aserción, aparentemente banal, Platón expone los lineamientos generales de su teoría psicopolítica acerca del vínculo entre la decadencia política de las ciudades y la ausencia de dominio de los individuos sobre sus apetitos.

Apenas esbozada en la *Carta VII*, esta teoría se materializa en la *República* platónica bajo la forma de los *syssitia* o comidas colectivas, una institución que, por medio de la estricta reglamentación de los hábitos alimentarios de los hombres criados para el mando y la defensa de la ciudad, aspira a evitar que, arrastrados por la glotonería o la voracidad arrastren consigo a la ciudad hasta precipitarla a la tiranía. Aunque Platón no es el único ni el primero en establecer un vínculo de causa-efecto entre la tiranía y los desafueros dietéticos³¹, puesto que el apetito desaforado de los tiranos es un lugar común entre sus contemporáneos³², el orden de la relación se invierte en Platón: la tiranía no es la causa, sino el efecto de la intemperancia (*akolasia*) y de la insaciabilidad (*aplestia*) en materia de comida y de bebida, como si las ciudades propensas a la glotonería presentaran asimismo una fuerte predisposición hacia la tiranía, como si esta patología política fuera el correlato de disposiciones dietéticas como la gula o la glotonería, y que los hombres dietéticamente así predisuestos³³ fueran proclives a vivir bajo este tipo de régimen político o al ejercicio mismo de la tiranía.

La puesta en relación de las consideraciones de la *Carta VII* sobre los hábitos dietéticos de los particulares y la orientación política de las ciudades con las consideraciones que Platón expone en la *República* sobre la importancia de la estricta reglamentación de las prácticas y de los procesos relacionados con la alimentación permite dimensionar el rol de la dieta en la decadencia progresiva de la *politeia* de Calípolis hasta su declinación en tiranía. La delimitación de los agentes de producción, la institucionalización de los *syssitia* para los guardianes, la prohibición de consagrarse a toda actividad productiva, la estipulación de las raciones alimentarias que les son suministradas por los proveedores de alimento, la delimitación de los espacios reservados al consumo de estos últimos, la selección de los componentes de su régimen y la preconización de los modos de cocción³⁴ no son más que la materialización efectiva del principio según el cual las prácticas y los procesos vinculados con la alimentación moldean el carácter de los miembros de la ciudad. Conformemente a la idea de que los regímenes políticos no nacen de las rocas ni de las encinas sino del carácter de los ciudadanos (*R. VIII 544d*), habría que deducir que, en la medida en

³¹ Ver, por ejemplo, Thgn. I 153, X. *Hier.* I 20-24 y Arist. *Pol.* V 10 y 16.

³² RUZENE (2022), 19; NOTARIO (2015), 138; BOUYSSOU (2013), 265.

³³ CANO CUENCA (2014), 200.

³⁴ En relación con los modos de cocción, particularmente de la carne, SCHMITT PANTEL (1992), 335 explica que la oposición culinaria entre lo asado y lo cocido corresponde a una oposición cultural entre un estado primitivo, caracterizado por el consumo de alimentos asados, y un estado civilizado, caracterizado por el consumo de alimentos cocidos.

que la dieta moldea el carácter individual, también determina la orientación económica y política de las ciudades. En este sentido, el relato sobre la mutación de los regímenes políticos del libro VIII de la *República* podría ser considerado como una prolongación de la teoría esbozada en la *Carta VII* sobre el vínculo de causa-efecto entre los desafueros dietéticos, el desprecio de las leyes³⁵ y la oscilación permanente de los regímenes políticos entre la democracia y la tiranía.

Si las fluctuaciones de la política se acompañan de cambios en los hábitos alimentarios³⁶, cabe deducir que la supervisión de las prácticas relacionadas con la alimentación representa una medida preventiva contra la inestabilidad política, y fundamentalmente, contra el riesgo de la tiranía³⁷. Sócrates es perfectamente consciente de que toda inflexión dietética, por insignificante que parezca, sería una contravención del ideal de moderación que guía la formación de los futuros dirigentes de Calípolis; que los platos sicilianos (*R. III 404d*), los condimentos (ἡδυσμάτων)³⁸ y los pasteles atenienses (*R. III 404d-c*), el abuso del vino (*R. III 398e; IV 403e*) y la presencia del pescado (*R. III 404c*)³⁹ podrían desencadenar un proceso de intensificación de los deseos ligados al cuerpo que culminaría en la transformación de los protectores del Estado en amos tiránicos⁴⁰.

A pesar de la radicalidad de las medidas previstas para evitar que los guardianes caigan presa de la insaciabilidad y la glotonería, y que «por obra del desenfreno, del hambre o de los malos hábitos atacaran y dañaran a las ovejas» (*R. III 416a*), llega el momento en que la parte superior de su alma comienza a ceder ante el acoso de la parte animal⁴¹. Este proceso de degradación moral se acompaña de una declinación de la *politeía* aristocrática en una sucesión de regímenes políticos marcados por la intensificación de los apetitos sensibles. Los antiguos protectores del pueblo se

³⁵ SCHÖPSDAU (2002), 332 considera que una de las funciones principales de los *syssitia* consiste en asegurar el respeto de las leyes.

³⁶ ROMERI (2015), 176.

³⁷ En este sentido, las consideraciones de Sócrates sobre la importancia de la supervisión de las prácticas y de los procesos relacionados con la alimentación hacen parte de la que DAMET (2010), 289 define como una teoría sobre el control de la producción de los deseos *paranomoi*.

³⁸ Lo que llamamos condimentos corresponde en griego al nombre *hedysmata*, formado de la raíz *hedy*; común a los nombre placer (*hedone*) y dulce (*hedy*). SOARES (2016), 484.

³⁹ Sobre la dieta de los guardianes de Calípolis, véase AUBERGER (1995), 467.

⁴⁰ Resulta sin embargo extraño que, mientras que en el libro II de la *República* el consumo de carne hace parte de las expresiones de la proliferación y la intensificación de los deseos superfluos y figura entre las causas principales de la expansión territorial y de la guerra, los guardianes de Calípolis estén autorizados a consumirla, como lo indica la referencia a la manera en que deben prepararla: «sólo asada, que es la que más fácil pueden procurarse los soldados» (*R. III 404c*).

⁴¹ En esta misma línea ver HITZ (2010), 109.

embarcan en la búsqueda de los medios que les permitan satisfacer los deseos variados e intensos que crecen en ellos: se adueñan de las tierras y las casas de sus proveedores de alimentos y los reducen a la condición de esclavos y sirvientes (*R. VIII 547b-c*). Este gesto, que marca el tránsito del régimen aristocrático al timocrático, no es más que la primera etapa de un proceso de intensificación de los apetitos y de recrudescencia de la pasión por las riquezas que, a cada mutación del carácter de los individuos y de las constituciones políticas encuentran nuevos medios de satisfacción. El relato sobre la decadencia de la *politeia* es el relato sobre el relajamiento progresivo de los resortes de la razón encargados de contener los apetitos sensibles. Este fenómeno se traduce en una cadena de infracciones cuya gravedad y naturaleza varían según la índole e intensidad de los deseos, hasta el momento en que, cediendo por completo a sus mandatos, los antiguos protectores del pueblo se transforman en amos tiránicos.

Casi ausentes de los análisis que se extienden desde el comienzo del libro VIII, las referencias al tema de la dieta reaparecen en el pasaje sobre los deseos *paranomoi* que despiertan durante el sueño, cuando la parte racional del alma está en reposo y la parte apetitiva, llena de alimentos y de bebida (*ἢ σίτων ἢ μέθης πλησθέν*, *R. IX 571c-d*), aprovecha la ocasión para intentar asumir el control sobre el alma entera. Liberada de toda sujeción, la parte apetitiva del alma no vacila «en intentar en su imaginación acostarse con su madre, así como con cualquier otro de los hombres, dioses o fieras, o cometer el crimen que sea, o en no abstenerse de ningún alimento (*ἀφέξεται οὔτε βρώματος*), en una palabra no carece en absoluto de locura ni de desvergüenza» (*R. IX 571c-e*). El hombre disciplinado, de hábitos saludables y moderados, consigue debilitar e incluso extirpar estos deseos, por el contrario, el hombre glotón y borracho, que se abandona al sueño con el vientre repleto de comida y de bebida, no hace más que fortalecer esos deseos hasta el momento en que, incapaz de contenerlos, se entrega en estado de vigilia a todas las aberraciones que antes sólo se autorizaba en sueños. Expresión inequívoca del tránsito del hombre democrático en tiránico, la transgresión de los tabúes alimentarios es asimismo el acto que desencadena la transformación de este último en tirano consumado⁴². A modo de corolario de la descripción de este proceso Sócrates agrega que «el hombre llega a ser perfectamente tiránico cuando, por naturaleza o por hábitos o por ambas cosas a la vez, se torna borracho⁴³, erótico o lunático» (*R. IX 573c*).

⁴² Además de glotón, el hombre tiránico es un borracho, estado en el que, viéndose liberado del peso del *aidos*, incurre en las acciones más temerarias y vergonzosas.

⁴³ Este rasgo coincide con una tradición según la cual el tirano siracusano Denis, el anciano, era un amante de la bebida. BOUYSSOU (2013), 254-255.

Tras la descripción de su formación, Sócrates procede al análisis del tipo de vida del hombre tiránico: «Después de esto pienso, se suceden las celebraciones, los holgorios, los festines, las queridas y todas las cosas de esta índole en los hombres en cuyo interior vive Eros tirano, y cuya alma íntegra gobierna» (*R. IX 573d*). Como lo confirma la descripción del alma apetitiva en *R. IX 580e-581a*, a diferencia del hombre oligárquico, para el hombre tiránico el dinero no es más que un medio de acceso a la realización de los deseos variados e intensos que anidan en su alma⁴⁴. No es la pasión por el dinero, sino los sufrimientos que le infligen sus viseras y su vientre insaciable los que lo inducen a apropiarse de los bienes paternos, a robar, a profanar los templos, a hacer tráfico de esclavos, a acusar a personas inocentes y arrastrarlas hasta el tribunal (*R. VIII 574e*). Y todo esto, concluye Sócrates, «para alimentarse a sí mismo y a su tumultuoso cortejo (αὐτόν τε καὶ τὸν περὶ αὐτόν θόρυβον θρέψει)» (*R. IX 575a*).

Entre estos hombres, el que goza del apoyo popular y lleva en su alma, más que todos los demás, al tirano consumado (*R. IX 575c*) se hará tirano. Para ilustrar esta transformación, Sócrates apela a la leyenda del templo de Zeus Liceo, en la que el desenfreno y los abusos del poder por parte del tirano aparecen ilustrados a través de una metáfora alimentaria⁴⁵:

Cuando alguien gusta de entrañas humanas descuartizadas entre otras víctimas, necesariamente se ha de convertir en lobo [...]. Así también cuando el que está a la cabeza del pueblo recibe una masa obediente y no se abstiene de sangre tribal, sino que con injustas acusaciones, tal y como suele pasar, lleva gente a los tribunales y la asesina, poniendo fin a vidas humanas y gustando con lengua y boca sacrílegas sangre familiar, y así mata y destierra [...], ¿no es después de esto forzosamente fatal que semejante individuo perezca a manos de sus adversarios o que se haga tirano y de hombre se convierta en lobo? (*R. VIII 565d-566a*).

En este proceso de degradación política y moral que culmina con la tiranía, la antropofagia simboliza el dominio absoluto de los apetitos sensibles sobre el individuo que, rendido a los dictados de su vientre, renuncia definitivamente a la condición humana para asemejarse a una bestia salvaje. Subyacente a este proceso, una política de la complacencia, la ausencia de restricciones y la total permisividad que ofrece el

⁴⁴ En la misma línea de nuestra interpretación ver JOHNSTONE (2015), 427-428.

⁴⁵ Según la versión de Ov. *Met.* I 163-252 Lycaion, rey de Arcadia, es transformado en lobo por Zeus como castigo por haberle ofrecido un banquete preparado con carne humana mezclada con carne animal. Sobre la utilización de este mito en la *República* de Platón ver ARRUZA (2016), 43-44 y MÉNISSIER (2003), 21.

régimen democrático para abandonarse a los placeres del bajo vientre y recurrir a todos los medios por deshonestos y brutales que sean para satisfacerlos. El relato de este proceso de decadencia del alma humana y de la *politeia* pone al descubierto la peligrosa vecindad entre el refinamiento y la brutalidad, entre la plena libertad para gozar de los placeres inocentes del bajo vientre y la incontinenencia. Imagen de la violencia con la que arremeten los apetitos cuando se les permite todo su despliegue, la metáfora de la antropofagia cierra un ciclo en el que la economía de lo superfluo y los deseos superfluos se retroalimentan y fortalecen. Leído al hilo de los hábitos dietéticos, el relato del tránsito del hombre democrático en tiránico da cuenta de la dificultad que supone el fijar una determinación racional a los deseos ligados al cuerpo y a los placeres destinados a satisfacerlos.

Conclusiones

Asociada en el imaginario colectivo de los antiguos griegos a la tiranía, el tema de la antropofagia atraviesa desde el comienzo hasta el final la descripción del proceso de formación del tirano en la *República*: en el mito de Er, en el que Platón precisa el tipo de alimentos con los que se deleitará el ser humano⁴⁶ que empujado por una «glotona codicia»⁴⁷, opta, como tipo de vida, por la más grande tiranía, condenándose a sí mismo a devorar a sus propios hijos (*R. X 619b-c*), en los sueños anunciadores de la eclosión del tirano (*R. IX 571c-e*), y en la descripción de los crímenes perpetrados por el tirano consumado (*R. VIII 565d-566a*), en el que la antropofagia simboliza el paroxismo de los apetitos de un individuo criado en la sobreabundancia, la molicie y el libertinaje que reinan en la democracia. Imagen de la más terrible de las transgresiones, el banquete sanguinario de Lycaion y su transformación en un lobo solitario ilustra el desenlace fatal de un proceso de degradación política y moral en el que a cada inflexión dietética los protectores de la ciudad se alejan de su humanidad, hasta transformarse en fieras sedientas de sangre fresca. En este proceso de deshumanización atravesado por la dieta, el relato de la decadencia de la *politeia* y la imposibilidad de evitar que los hombres criados para dirigir el estado sucumban a la tiranía de sus apetitos sensibles revelan la dificultad de determinar a partir de qué momento, a través de qué tipo de alimentos consumidos o de placeres admitidos el ser humano franquea el límite de lo necesario y comienza a declinar ante el acoso de la parte de su alma sedienta de bebida y alimento y de su vientre hambriento. La dificultad para determinar el límite entre lo necesario y lo

⁴⁶ DAMET (2010), 291-293.

⁴⁷ MEULDER (2013), 105.

superfluo, entre la moderación y el exceso planea como una sombra amenazadora sobre el hombre individual y lo expone permanentemente al riesgo de franquear el límite que lo separa de su humanidad.

La condición de posibilidad de dar rienda suelta a los deseos y tendencias que gobiernan la existencia del hombre tiránico y del tirano consumado son ciertamente las riquezas, pero no es el amor por ellas lo que los engendra, son su apetito desmedido, su tendencia al exceso y una economía de la complacencia que refuerza estas tendencias. A diferencia de la ciudad democrática, donde la política fomenta el crecimiento de los deseos superfluos, la inflamación de la ciudad de los cerdos es la consecuencia de la ausencia de *politeía*. Incapaces de contentarse con lo estrictamente necesario, sus miembros darán rienda suelta a su deseo de alimentos variados y sofisticados, realzarán su sabor con sal y condimentos y, renunciando a su régimen vegetariano, arrastrarán la ciudad a la guerra. Su nuevo régimen de vida se traduce en una transformación de la economía que, en ausencia de la política, se convierte en instrumento de los apetitos superfluos. Detrás de este proceso que culmina con la perversión de la economía, Sócrates vislumbra la glotonería.

Bibliografía

- Ediciones de la *República*, el *Timeo* y la *Carta VII*
- Eggers Lan, C. (2008), Platón, *República*, introducción, traducción y notas, Madrid.
- Leroux, G. (2004), Platon, *La République*, introduction, traduction et notes, Paris.
- Durán, M.A.-Lisi, F. (1992), Platón, *Filebo*, *Timeo*, *Critias*, traducciones, introducciones y notas, Madrid.
- Brisson, L. (1987), Platon, *Lettres*, traduction, introduction et notes, Paris.
- Cano Cuenca, J. (2014), Platón, *Carta VII*, Traducción, introducción, notas y comentario, Madrid.
- Estudios
- Abis, S. (2015), «Le blé: géohistoire d'un grain au cœur du pouvoir», *Géoéconomie* 77, 195-215.
- Amigues, S. (2007), «L'exploitation du monde végétal en Grèce classique et Hellénistique», *Topoi*, 15, 1, 75-125.
- Amouretti, M.C. (1986), *Le pain et l'huile dans la Grèce Antique. De l'aire au moulin*, Besançon.
- Arruza, C. (2016), «Philosophical Dogs and Tyrannical Wolves in Plato's *Republic*», in S. Arruza, D. Niculin (eds.), *Philosophy and Political Power in Antiquity*, Leiden, 41-66.

- Auberger, J. (1995), «Dis-moi ce que tu manges, je te dirai qui tu es», *Revue des Études Anciennes* 97, 461-471.
- Bouyssou, G.S. (2013), «Le tyran ou le banquet impossible», in B. Lion, C. Grandjean y Ch. Hugoniot (eds.), *Le banquet du monarque: dans le monde antique*, Tours, 71-86.
- Campese, S., Canino, L.L. (1998), «La genesi della polis», in M. Vegetti (ed.), *Platone. La Repubblica*. 285-332.
- Cano Cuenca, J. (2014), «Política, dieta y salud: el *analogon* médico en la *Carta VII*», *Areté* 26, 2, 187-205.
- Chandezon, Ch. (2003), *L'élevage en Grèce (fin V^e -fin I^e S.A.C.)*, Bordeaux.
- Damet, A. (2010), «Le tyran oedipisé. La projection fantasmatique des désirs dans le rêve platonicien», *Hypothèses* 13, 285-294.
- Darmezin, L. (1991), «L'approvisionnement en blé des cités grecques à l'époque hellénistique», in M.C. Cauvin (ed.), *Rites et rythmes agraires. Séminaire de recherche*, Lyon, 113-118.
- Helmer, E. (2021), *La Parte de Bronce. Platón y la economía*, Santiago.
- Hitz, Z. (2010), «Degenerate regimes in Plato's *Republic*», in M. McPherran (ed.), *Plato's Republic. A Critical Guide*, Cambridge, 103-146.
- Johnstone, M.A. (2015), «Tyrannized Souls: Plato's Depiction of the Tyrannical Man», *British Journal for the History of Philosophy* 23, 3, 423-437.
- Ménissier, T. (2003), «Philosophie politique et anthropologie de la férocité», *Raisons politiques* 9, 1, 19-31.
- Meulder, M. (2013), «L'exclusion au livre VIII de la *République* de Platon», *Revue belge de philologie et d'histoire* 91, 89-112.
- Montoya, M.D.P. (2013), «Platón frente al comercio marítimo. Elementos para una interpretación del Antropoceno», *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* LXII 164, 93-103.
- Montoya, M.D.P. (2023), «Mélange et Sexualité dans les Cités Platoniciennes. La dimension politique de la sexualité dans les cités platoniciennes», *Ordía Prima* 1, 1-15.
- Notario, F.-P. (2016), «Les empires dévoreurs: l'empire perse, l'Athènes du V^e siècle avant J.-C. et la métaphore alimentaire du pouvoir», *Gaia* 19, 247-258.
- Notario, F.-P. (2015), «Plato's political cuisine: commensality, food, and politics in the platonic thought», *Ágora. Estudos Clássicos em debate*, 17, 123-158.
- Romeri, L. (2005), «L'*akolasia* est en nous (Platon, *Tim.* 72e). Deux solutions à l'intempérance humaine: Platon et Plutatque», *Kentron* 21, 225-240.
- Romeri, L. (2015), «Régimes alimentaires et régimes politiques chez Platon», *Food and History* 13, 1-3, 165-180.
- Roubineau, J.M. (2015), *Les Cités Grecques (VI-II siècle av. J.-C.)*, Paris.
- Roubineau, J.-M. (2017), *Les Cités Grecques (VI-I^e av. J.-C.). Essai d'Histoire Sociale*, Paris.
- Ruzene, F.D. (2022), *À mesa de Platão: Filosofia e Alimentação nos diálogos socrático-platônicos*, Curitiba.
- Schöpsdau, K. (2002), «Des repas en commun pour les femmes. Une utopie platonicienne», *Revue Française d'Histoire des Idées Politiques* 16, 331-340.

- Schmitt Pantel, P. (1992), *La cité au banquet. Histoire des repas publics dans les cités Grecques*, Roma.
- Silvermintz, D. (2014), «Plato and Food», in D.M. Kaplan, P.B. Thompson (eds.), *Encyclopedia of Food and Agricultural Ethics*, London, 2001-2007.
- Sissa G. (1997), *Le Plaisir et le Mal. Philosophie de la drogue*, Paris.
- Soares, C. (2016), «Cozinha simples, mesa farta: os requintes da gastronomia mediterrânea grega antiga (Arquêstrato, sec. IV a.C.)», in J. Pinheiro, C. Soares (eds.), *Patrimónios Alimentares de Aquém e Além-Mar*, Coimbra, 479-498.
- Zoller, C. (2015), «Plato on Food and Necessary and Unnecessary Appetites in the *Republic*», in C. Gallin, S.S. Magibleras (eds.), *Odyseys of Plates and Palates: Food, Society and Sociality*, Leiden-New York, 23-30.